

Estado civil: ¡DEPRIMIDA!

—Una mini-novela Por Silvia Palacio de Himitian—

Marzo 02, 2015¹

¹Fecha de edición para www.comunidadcristianaajujuy.com

Marina abrió la puerta de su departamento y entró. El ambiente estaba sofocado y había olor a encierro. “Tambien —pensó— con el calor que hizo hoy! Y no se pueden dejar las ventanas abiertas. ¡Nunca se sabe cuándo va a llover!” Tiró la cartera en el sofá y fue hasta el ventanal. Levantó la persiana y abrió los vidrios. Un viento fresco se coló adentro. Empezaba a anochecer. Se encendieron las luces del departamento de enfrente y vio a su amiga Amalia, redeada por sus tres chiquitos. Reían de una gracia que estaba haciendo Rody, el regordete de dieciocho meses. La mamá de Amalia le alcanzó un mate y se plegó al festejo. “¡Qué linda escena de familia! —pensó— ¡Y yo aquí tan sola. . . !”

Fue a la cocina, se preparó un sandwich y sacó una gaseosa en lata de la heladera. Volvió a la sala, corrió la cartera y se instaló en el sofá. Su mirada quedó nuevamente atrapada por la escena de la casa vecina. Escuchaba claramente la voz de Amalia dando instrucciones a los dos niños mayores para que guardaran sus juguetes mientras ella bañaba al pequeñito. Alzó en brazos a Rody y salió de la habitación. La abuela, cómplice, prácticamente ordenó todo.

Marina se sonrió: “¡Grande la viejita! ¡Ojalá tuviera a mi mamá cerca para que me cebara unos mates a mí también!”

Suspiró y se quedó seria, reflexiva. Conocía a Amalia desde hacia dos años, poco antes de su último parto. Varias veces se habían cruzado en el ascensor y ella la había ayudado con los chicos. Una tarde la invitó a pasar y a tomar un té. Después se hicieron amigas. ¡Le vino tan bien! No conocía a nadie en la ciudad. Toda su familia y relaciones habían quedado en la provincia. Pero Amalia resultó una amiga de verdad. La acogió en su casa y la introdujo al grupo de la iglesia. Se integró rápidamente y al poco tiempo se encontró con Jesús. Eso le cambió la vida. Ahora tenía una gran familia de hermanos y hermanas. “Para ser honesta, no estoy tan sola.” Animada por ese pensamiento, esbozó una sonrisa. Pero inmediatamente volvió a su expresión melancólica y taciturna. Recordó sus 29 años y esa soltería que le pesaba en el alma. ¡Con la vocación hogareña y maternal que sentía latir en su interior! Pensó con bronca en la oficina y en las largas horas de encierro frente a una computadora. Nuevo suspiro. Vio entrar a Matías, su esposo. Los chicos saltaban y se le colgaban del cuello. Él no lograba deshacerse del portafolios, el saco y la corbata porque lo estorbaban cuatro manitos ansiosas que lo apretujaban y requerían. Se dejó caer en una silla mientras Pepi se le trepaba encima. Entró Amalia con un chiquito envuelto en una toalla, sonrió y besó a su marido. Matías tomó en brazos a Rody y jugó un rato con él, mientras los otros, celosos, procuraban llamar su atención. Se acercó la abuela, pañales en mano, tomó al niño y comenzó a vestirlo sobre la mesa. Amalia trataba en vano de convencer a Pepi y a Rocío para que fueran a bañarse. Finalmente, Matías se puso en pie y levantó a uno en cada brazo. “Muy bien, pues entonces los bañaré yo”, declaró y salió mientras los

chicos expresaban su júbilo. Amalia se desplomó en una silla exhausta pero sonriente.

En ese momento la lata de gaseosa vacía se resbaló de entre las manos de Marina y rodó sonora. Amalia se irguió en la silla y miró hacia la ventana escrutando las penumbras interiores para ver a su amiga. Frunció el entrecejo, pero no lo divisó. Sabía que estaba. De otro modo el ventanal hubiera permanecido cerrado. Marina encendió el velador y se asomó.

—Hola, ¿cómo estás, Amalia?

—Un poco cansada pero bien.

—¿Cómo le va, Doña Carmen?

La anciana la miró por encima de los anteojos y le sonrió:

—Muy bien, hija, ¿y a vos? Se te ve preciosa— y volvió a su tarea de vestir al niño.

—¡Gracias! Estoy tratando de relajarme un poco del stress de la oficina. Por eso me quedé a oscuras.

—¡Qué lindo te queda ese vestido!

—¿Te parece, Amalia?

—Seguro, además cuando una está delgada, todo le sienta. Yo. . . ¡tendría que adelgazar!. . .

—¡Pero si no estás gorda!

—Más o menos. . . se nota el contraste cuando una se compara con una silueta como la tuya.

—¡No digas tonterías! ¡Estás hermosa! Sinó mirá la cara de embobado que tiene tu marido. . . Amalia sonrie— ¡Sos una amiga! Después te veo. Tengo que ir a preparar la cena. . . ¿No querés venir a tomar un cafecito después?

—Bueno, avisame cuando terminen de comer.

—Te llamo. Chau.

Amalia entró a la cocina. Un instante después la siguió su madre.

—Ya acosté a Rody. Está prácticamente dormido. ¡Angelito! ¡Estaba tan cansado!

—¡Pues esos tres angelitos, me dejan de cama cada día!

—No te quejes. . . ¡son tan buenos!

—Sí, seguro. Pero extraño la tranquilidad que tenía de soltera. ¡Y la libertad! Ahora no puedo ni moverme de casa. Te aseguro que cuando veo a Marina entrar y salir a su gusto, la envidio. Además, ¡siempre bien arreglada. . . yo estoy hecha un desastre! No tengo tiempo de cuidarme el pelo. . . ni de hacer gimnasia. . . ni de tantas otras cosas. Y tampoco plata para comprarme ropa. ¡Todo hay que usarlo en la casa y en los chicos!

—Pero sos una mujer realizada, *casada* (y se queda en la palabra) ¿No era eso por lo que suspiraste siempre? Además, tenés un marido que está “embobado” con vos, como dice Marina.

—¡Jah! Eso es lo que ella ve cuando la ventana está abierta. Debería escucharlo quejarse cuando no encuentra planchada la camisa que quiere. . .

: “¡No sé qué hacés todo el día! En tu lugar, a mí me sobraría el tiempo estando siempre en casa” —remenda a su marido—. Sí, muy enamorado, pero jamás se acuerda de traerme flores o bombones. ¡Y si no le recuerdo yo el aniversario unos días antes. . . ! —Me imagino que no pretenderás que todo sea una novela rosa, ¿no? Esta es la vida real, hija. Con sus cosas gratas y sus cosas ingratas. El matrimonio tiene sus gratificaciones, pero también su cuota de esfuerzo para aprender a aceptarse mutuamente, adaptarse el uno al otro y llegar a convivir armoniosamente. Es trabajo arduo y requiere de mucha paciencia, amor y capacidad de perdón. ¡Y las muchas exigencias del uno sobre el otro sólo interfieren y dañan el proceso!

—Si, lo sé. Pero yo tenía muchas expectativas que nunca se cristalizaron. Creo que al casarme gané, pero también perdí.

—Es que no existe el estado perfecto. Perdón, perdón. Me equivoco. Sí existe el estado perfecto: pero no es ni el matrimonio ni la soltería.

—¿La viudez, entonces?

—No hija: el estado de contentamiento. Y no me refiero a una resignación. Hablo de la alegría de vivir el presente, con sus ventajas y contratiempos. Disfrutar lo que nos toca vivir, sin añorar el pasado y sin desear tanto un futuro diferente que no nos permita disfrutar el ahora. Yo soy viuda y casi vieja, pero en esta etapa estoy disfrutando de lo que la vida tiene para mí. Ni me quejo ni me siento sola. Los tengo a ustedes, y el recuerdo de una vida dichosa juanto a un hombre maravilloso que ya no está pero al que volveré a ver dentro de no muchos años. Soy una mujer de “estado civil contenta”

—Suená gracioso. Pero es verdad.

—Bueno, me voy porque se ha hecho tarde. Mañana vuelvo a tomar unos mates con vos.

—Chau, mami.

Doña Carmen la besa y se va. Amalia vuelve a la sala comedor con platos y vasos. Pone la mesa canturreando.

Desde el sofá, donde sigue acostada a oscuras, Marina la observa, esperando el momento de ir a tomar un café con ella. Por suerte no tiene nada más que hacer ese día. No hay un marido ni niños que la requieran, ni horarios más allá de los que le quedan cómodos. ¡Ser soltera también tiene sus ventajas! “Sólo que no las sé aprovechar. ¿Me querés decir por qué estás tan encerrada en casa todas las tardecitas en vez de encontrarte con las chicas del grupo de oración, o ir a visitar amigos, o integrarte en alguno de los grupos que trabaja con chicos abandonados, o con madres solteras, o con adictos?”, se pregunta en voz alta. “¡Por tonta! ¡Por quejosa y amargada! ¡Ah, pero esto tiene que terminar! Voy a llamar a Graciela para que me anote en su grupo desde mañana. No. . . desde mañana no. Voy a visitar a mis padres una semanita, y después sí. . . Total, ¿qué me impide viajar? Tal vez, algún día me case, y entonces no podré hacer muchas de estas cosas. ¡Qué ganas de hablar con papá y mamá!”

Se levantó del sofá y se dirigió decididamente hacia el teléfono.●